

Juan Marichal y la literatura hispánica

por James Valender

El Colegio de México

Para todos los que se interesan por la literatura hispánica el nombre de Juan Marichal (1922-2010) se vincula sobre todo con los estudios que el crítico reunió bajo el título de *La voluntad de estilo* (Barcelona, Seix Barral, 1957), que si bien no fue su primer libro en ver la luz del día (el autor ya tenía en su haber un breve ensayo sobre *La españolización de España. La edad de oro liberal*, publicado en México en 1952), sí fue su primera contribución importante a la historia de la literatura española. Reeditada primero en 1971 y de nuevo en 1984, esta monografía lo consagró en muy poco tiempo como uno de los estudiosos más lúcidos de su generación: como un lector escrupuloso y concienzudo de la literatura hispánica, pero también como un historiador y crítico capaz de moverse con notable soltura por momentos muy diversos de la historia cultural de su país. Por todo ello es natural que a *La voluntad de estilo* se le dé lugar de preferencia en esta edición de las *Obras* del autor. Más tarde, después de la publicación de esta monografía, Marichal fue modificando su manera de ocuparse de la literatura, orientando sus trabajos cada vez más hacia la historia intelectual e incluso hacia la historia estrictamente política. Pero aun en estos casos siguió aprovechando muchas de las lecciones aprendidas al escribir sus ensayos sobre la voluntad de estilo de los ensayistas españoles. Por lo mismo conviene que empecemos por ocuparnos de esta primera obra suya que, al margen de sus propios valores críticos, nos ofrece un ángulo provechoso desde el cual comentar, brevemente, el resto de su trabajo como intelectual.

1. *Teoría e historia del ensayismo hispánico*

En su primera edición *La voluntad de estilo* lleva el subtítulo de *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, etiqueta que resume con bastante precisión el propósito de los catorce capítulos que conforman la obra. Repartidos en seis secciones o “jornadas” encabezadas por una introducción teórica, estos catorce capítulos guían al lector, en efecto, por otros tantos momentos decisivos en la historia del ensayismo hispánico, que por otra parte coinciden a su vez con momentos de cambios importantes en la sociedad española. El subtítulo indica muy bien el propósito general del libro; pero con todo, para la recta apreciación del conjunto, también conviene tener muy presentes ciertas matizaciones que el autor comunica al lector en su introducción. En primer lugar, lo que afirma en relación con el carácter deliberadamente fragmentario de la obra: si bien su libro ofrece comentarios sobre el desarrollo del ensayo desde su génesis en el siglo XV hasta sus diversas expresiones en la primera mitad del siglo XX, no pretende, desde luego, ofrecer un estudio exhaustivo de la obra de todos los grandes escritores que han contribuido a enriquecer el género a lo largo de los siglos (y de hecho la monografía pasa de lado frente a ensayistas del calibre de Mariano José de Larra, de Juan Valera, de Leopoldo Alas, “Clarín”, o de Ángel Ganivet). En segundo lugar, lo que señala acerca de la validez de emplear en un estudio como el presente una palabra, como “ensayista”, cuyo uso se remonta tan sólo a finales del siglo XIX: si se atreve a abarcar en su estudio a escritores de siglos anteriores, es sólo con la finalidad de descubrir en su prosa los orígenes de una modalidad expresiva que con el tiempo llevaría el nombre de “ensayo”. Y, finalmente, sus aclaraciones acerca del alcance geográfico de su trabajo: a pesar de anunciar su interés por explorar el ensayismo no sólo en España sino en el mundo hispánico en general, el autor reconoce que en su libro restringirá sus comentarios al ensayo

cultivado por los españoles, reservando el desarrollo del género en los diversos países hispanoamericanos para otro estudio futuro.

Teoría e historia: si tomamos los dos propósitos del autor según el orden en que se anuncian, debemos empezar por reconocer que es muy poco, en realidad, lo que Marichal tiene que decirnos sobre el ensayo visto estrictamente como forma literaria. Y es natural que sea así, puesto que, como él mismo señala, el ensayo se caracteriza justamente por su gran libertad expresiva, en lo que respecta a la forma no menos que en lo que toca al contenido. A diferencia de lo que ocurre, por ejemplo, en los campos de la narrativa o de la poesía, donde la aparición de toda obra nueva es condicionada por las normas genéricas creadas a lo largo de los siglos, en el mundo del ensayo no hay convenciones preestablecidas que el escritor deba forzosamente tomar en cuenta a la hora de emprender su trabajo. Cada ensayista tiene el derecho a articular su pensamiento según su antojo. O para decirlo con palabras de Gracián citadas a menudo por el propio Marichal, todo ensayista tiene derecho a “discurrir libremente”. Sacando las implicaciones lógicas de esta misma premisa, nuestro autor llega (con Miguel de Unamuno) a la conclusión de que, en realidad, en tanto forma literaria previamente codificada, el ensayo no existe: únicamente existen los ensayistas.

Ahora bien, lo que confiere especial interés a las ideas de Marichal sobre el ensayo es el peso muy particular que atribuye a la relación que debe existir entre el ensayista y su público. El autor reconoce que ese diálogo es un rasgo indispensable de toda expresión humana; sin embargo, insiste que el ensayo sí representa un caso particularmente notorio de esa vinculación social. Y es que, pese a gozar de tanta libertad en muchos otros aspectos, el ensayo se caracteriza justamente por la dependencia que vive el ensayista con respecto a su mundo inmediato. De todos los géneros literarios, subraya Marichal, el ensayo es el único que no puede clasificarse sólo en función de sus propios recursos formales: “Se puede hacer una historia interna del

género novelístico, aislado de su ambiente histórico, pero en cambio resulta casi imposible desprender de su ganga circunstancial al ensayismo”.¹ Y esta dependencia es sin duda el principal motivo del gran atractivo que el ensayismo ejerce en nuestro autor.

Para Virginia Woolf (*The Common Reader*, 1925): “Saber para quién escribir es también saber cómo escribir”. Y lo es igualmente para Marichal. En su esfuerzo por entablar un diálogo con su público, al ir conciliando lo que él mismo quiere expresar con lo que los demás esperan leer, todo ensayista, implícita o explícitamente, va dando a conocer no sólo su propia visión del mundo sino también el contexto social en que este discurso se ve obligado a formularse. Y en esto consiste, para Marichal, *la voluntad de estilo* de todo ensayista: en un esfuerzo de articulación que, partiendo de un impulso psicológico individual, va adquiriendo un perfil netamente colectivo que se deriva de la obligación en que se encuentra el escritor de establecer contacto con la conciencia de quienes constituyen su público. Acción estética a la vez que social, dicho esfuerzo expresivo supone un cambio, por pequeño que sea, en la visión de mundo del propio ensayista, pero —cosa no menos importante— también conlleva una modificación en la conciencia de la colectividad. “Una voluntad de estilo se transforma así”, concluye Marichal, “en una fuerza histórica tan real y tan conformadora de hombres como cualquiera de las más visiblemente operantes”. (VE, p. 10)²

¹ Juan Marichal, *La voluntad de estilo* (Barcelona, Seix Barral, 1957), p. 13. En adelante toda cita de esta primera edición de la obra se identificará en el cuerpo del texto mediante la sigla VE, seguida por el número de la página.

² En su reseña de *La voluntad de estilo* Guillermo de Torre ofreció unas cuantas precisiones sobre el origen de este concepto, que desde luego ya circulaba entre los críticos e historiadores de la cultura antes de que Juan Marichal lo empleara para sus propios fines: “Yo creo que la expresión ‘voluntad de estilo’ no se origina precisamente, contra lo que Marichal parece suponer, en Karl Vossler o Leo Spitzer, ni en ninguno de los otros filólogos que, queriendo forjar un método de crítica literaria a la medida de su especialidad, dieron con la estilística; tampoco debe enteramente su difusión a Amado Alonso ni a ninguno de sus discípulos. [...] Los conceptos de ‘voluntad de estilo’ y ‘voluntad de forma’ pertenecen originariamente a la historia y la crítica de las artes plásticas. Surgen de modo visible con Alois Riegl, a fines del pasado siglo, quien a la zaga de otros teóricos de la ‘visualidad pura’, encabezados por Konrad Fiedler, formula su teoría de la *Kunstwollen*, o voluntad de arte,

En vista de todo lo anterior se entiende que *La voluntad de estilo* suponga no una historia de los principales ensayos que se han ido publicando en España a lo largo de los siglos, sino más bien un estudio de ciertos textos que resultan especialmente reveladores de las tensiones sociales e ideológicas presentes en la sociedad española en tal o cual momento de su historia. Precisar estas tensiones, desde luego, no es tarea fácil; pero Marichal tiene el buen tino de apoyarse en buenos teóricos a la hora de emprender su trabajo. Y es que, para lograr su finalidad, nuestro autor adopta una metodología que combina el análisis estilístico de un Amado Alonso con el estudio de la historia cultural de un Américo Castro. Es decir, al contrario de los formalistas que limitan sus análisis a los elementos internos de un texto literario, pero también a despecho de aquellos historiadores de la cultura que encuentran difícil aceptar que la literatura pueda ofrecer testimonio fiel de una época, Marichal está convencido de que un estilo literario “representa un elemento que el historiador debería esforzarse siempre por apresar: el de una conciencia ligada a su tiempo y en la cual son audibles los demás hombres coetáneos” (VE, p. 10).

Si bien discutible como aseveración general, hay que reconocer que en el caso del presente libro dicha propuesta arroja resultados sumamente interesantes, sea sobre los intentos de articulación individual y colectiva de Alonso de Cartagena y Gutierre Díez de Games, escritores del siglo XV que habrían facilitado “el paso del ‘silencio’ medieval a la gran parlería del

traducida de hecho en la voluntad de estilo y entendida ésta como la expresión de un principio definidor que caracteriza sustancialmente obras de muy distintas épocas. El concepto surge también en Wölsslin y en Worringer, significando la primacía otorgada en arte a la ‘vida de las formas’, que es como cristaliza en Henri Fossillon y, desde entonces, la ‘voluntad de estilo’ se convierte en moneda corriente de la terminología artística hasta adquirir plena expansión con André Malraux”. Véase Guillermo de Torre: “Un nuevo ensayista con ‘voluntad de estilo’”, *Sur* (Buenos Aires), núm. 255, noviembre-diciembre de 1958, pp. 74-79.

Renacimiento, inaugurando así, en forma adánica y primitiva, la historia del ensayismo hispánico” (VE, p. 24); sea sobre la retórica de un renacentista como Antonio de Guevara (1480-1545), cuyas oposición a los levantamientos populares y exaltación de la ideología caballeresca habrían sido “simbólicos indicios literarios” de unos tiempos, los de principios del siglo XVI, en que se iba implantando un nuevo orden terrateniente y aristocrático, “en detrimento de las burguesías y de la población rural” (VE, pp. 93-94); sea sobre el sino estilístico de un escritor del siglo XVII como Francisco de Quevedo (1580-1645), cuyo dinámico partidismo daba plena expresión al “resentimiento de la nobleza solariega frente a la *noblesse de robe*” (VE. p. 157); sea sobre el estilo “mediano y moderado” de hombres del siglo XVIII como José Cadalso (1741-1782) que “no aspiraban a remover la conciencia popular, sino más bien a pretender apaciguarla y dominarla con la ejemplaridad humana del decoro neoclásico” (VE, p. 194); sea sobre el afán de “sociabilidad” estilística de un hombre del siglo XX como Miguel de Unamuno (1864-1936), que pretendía mitigar el dogmatismo que veía como endémico en la sociedad de su tiempo, entregándose a una “una franca expresión de la intimidad personal” (VE, p. 230).

Desde luego, al aplicar esta metodología, el autor corría ciertos riesgos. El de confundir, por ejemplo, la voluntad de estilo de un ensayista con lo que eran simplemente suposiciones acerca de su psicología individual (a fin de cuentas, una cosa es la singularidad psicológica de tal o cual autor y otra, algo distinta, el anhelo más o menos consciente de incorporación social). O también, y de manera paralela, el de no prestar suficiente atención al impacto en el escritor de la tradición estrictamente literaria (el hecho de que el ensayo no tiene que cumplir con ninguna norma genérica no significa, desde luego, que, a la hora de formular su visión de mundo, no pesen en el ensayista las ideas literarias de la época en que le tocó vivir). Pero, en general, como crítico e historiador Marichal logró evitar estos y otros escollos parecidos; al contrario, rehusándose a incurrir en un exacerbado

determinismo social, por un lado, y en un excesivo voluntarismo individual por otro, Marichal consiguió que su metodología resultase iluminadora a fuerza de equilibrada e incluyente.³ De hecho, si *La voluntad de estilo* ha llamado tanto la atención de sus lectores a lo largo de los años, ha sido, más (incluso) que por el cambio conseguido en nuestra percepción de tal o cual momento de la historia literaria, por la destreza con que el autor ha sabido conciliar la filología con la historia cultural. En una época en que las dos escuelas se van distanciando cada vez más la una de la otra, el libro de Marichal nos recuerda no sólo que las dos aproximaciones, la histórica y la estilística, pueden convivir pacíficamente, sino que su confluencia puede enriquecer sobremanera la idea que tenemos de la historia literaria.

2. *Un ensayista nuevo*

Con *La voluntad de estilo* Juan Marichal arrancó una larga y destacada carrera como crítico literario y como historiador. La obra tuvo una acogida muy positiva en las revistas del hispanismo internacional, lo cual

³ En más de una ocasión Marichal salió a la defensa pública de su propio proceder como historiador. Resulta especialmente memorable, en este sentido, el mensaje que le mandó a Julio Caro Baroja, autor de una ruidosa polémica con Américo Castro, el mentor de Marichal y, en tanto autor de *La realidad histórica de España* (1948), el principal instigador de la metodología empleada también en *La voluntad de estilo*. Molesto por la forma en que historiadores como Castro empleaban fuentes literarias para escribir la historia de España, Julio Caro había aseverado que “hablan de la *realidad retórica* de España que no de la *realidad histórica* de su país”. En un esfuerzo por defender a su maestro, pero también en un intento por justificar su propio trabajo, Marichal reaccionó ante esta dura crítica formulando una respuesta clara y equilibrada: si bien le dio la razón a Julio Caro en cuanto al peligro que corre todo historiador que acuda únicamente a la literatura en busca de testimonios históricos, tachó de excesiva la contundencia con que el crítico vasco rechazaba cualquier posibilidad de que la literatura pudiera servir como testimonio histórico. “Resulta evidente”, afirmó Marichal, “que la renuencia de Caro Baroja a aceptar como documento histórico a cualquier texto que demuestre capacidad de articulación verbal es una especie de extremismo académico arraigado en la desconfianza del campesino vasco –y añadamos, la desconfianza también de ese otro hombre del campo, Juan-Jacques Rousseau-- al toparse con una persona que se expresa bien; para el vasco no menos que para el suizo, la elocuencia siempre indica una mentira”. Sobre esta polémica véase Marichal, “The Testimony of Literature, Spain (1618-1658)”, *Philological Quarterly*, num.51), (Iowa City), núm. 51 (1972), pp.245-254. [Número monográfico: *Hispanic Studies in Honor of Edmund de Chasca*.]

seguramente ayudó a que el autor, que hasta entonces trabajaba como profesor de literatura española en el Bryn Mawr College, de Nueva Inglaterra, fuera contratado por la prestigiosa Universidad de Harvard. Fue sumamente elogiosa, por ejemplo, la reseña publicada por Geoffrey Ribbans, en la *Modern Language Review*, como también la que R. B. Tate dio a conocer en la revista *Romance Philology*⁴. Marichal sin duda agradeció los comentarios que recibió entonces de estos y otros colegas universitarios, pero desde nuestra perspectiva actual no es difícil ver que el público al cual se dirigía no era, en realidad, el de los catedráticos del mundo sajón. O en todo caso, no era el único público con el que esperaba contar.

El libro también fue reseñado (y elogiado) en algunas revistas literarias del mundo hispánico, donde el enfoque —como era lógico— partía de consideraciones algo distintas. Y es que los escritores españoles supieron apreciar algo que, por lo visto, se les había escapado a los filólogos y a los historiadores universitarios: a saber, que *La voluntad de estilo* era no sólo un excelente tratado sobre el ensayo hispánico, sino también, y sobre todo, la obra en que un joven pero agudo ensayista se daba a conocer en el mundo de lengua española. Escribiendo en la revista *Ínsula*, de Madrid, Ricardo Gullón no tenía dudas al respecto: “He aquí el primer libro (segundo creo) de Juan Marichal. Saludemos en él la aparición de un ensayista sagaz, nutrido de excelentes lecturas y dueño de una prosa elegante, rápida y precisa, que se lee con delicia.”⁵ Guillermo de Torre fue todavía más

⁴Geoffrey Ribbans, *Modern Language Review*, LIV (julio de 1959), pp. 441-443; y R. B. Tate, *Romance Philology*, XIII (febrero de 1960), pp. 298-303. Al reseñar el libro de Marichal, el profesor Tate destaca, por ejemplo, “the fresh assessment of Alonso de Cartagena’s role in the development of Castilian prose” o también “his illuminating essay on Guevara”. Por su parte, el profesor Ribbans encuentra estimulante la metodología que recorre todo el libro: “His awareness of the importance of the author-reader relationship, so essential in the essay-form, is part of a novel and fruitful merging of a purely literary with a historical criterion, a combination of modern stylistics —which otherwise he finds too formalistic—and broad historical interpretation: the bringing together, to name his principal mentor in each direction, of Amado Alonso and Américo Castro”.

⁵ Ricardo Gullón, *Ínsula* (Madrid), núm. 136 (marzo de 1958), p.6.

entusiasta, si cabe, en la reseña que publicó en Buenos Aires, en la revista *Sur*, al celebrar la aparición de un verdadero escritor nuevo:

Los nuevos escritores son –en toda la ancha latitud del idioma hispánico a cualquier hora del cuadrante—siempre muchos. Los escritores *nuevos*, muy excepcionales. Repárese en la diferente colocación del adjetivo, ya que por nuevo entendemos sustancialmente originalidad de estilo y de visión, personalidad auténtica. Tal es el caso de Juan Marichal.⁶

Aunque no quisiéramos quitar importancia a la sólida aportación académica que supuso la publicación de *La voluntad de estilo*, los comentarios de Ricardo Gullón y de Guillermo de Torre (y de otros lectores hispánicos) resultan demasiado entusiastas para que los podamos dejar pasar sin más. ¿Quién era este joven escritor que de repente irrumpía en el escenario literario hispánico ante la aclamación generalizada? ¿Por qué había optado por escribir sobre estos temas? ¿A quién iban dirigidos? Si ponderamos estas cuestiones, creo que nos hallaremos en condiciones para realizar una lectura algo distinta de la obra de Marichal: una que valora este libro no sólo como un tratado erudito sobre el ensayo en España, sino además, tal y como insisten Gullón y De Torre, como la obra de un joven ensayista dotado, él mismo, de *voluntad de estilo*. Siendo esto así, entonces debemos empezar por hacernos las mismas preguntas que el propio Marichal se hacía con respecto a los ensayistas estudiados por él. ¿Cómo era la sociedad a la que pertenecía? ¿Qué tensiones la caracterizaban en ese momento? ¿Cómo se situaba Marichal ante estos conflictos y de qué manera su visión de mundo (su voluntad de formular los conflictos) quedaba reflejada en lo que el autor escribía? Para contestar estas preguntas debemos regresar en el tiempo a la Guerra Civil española.

⁶ Guillermo de Torre, “Un ensayista con ‘voluntad de estilo’”, *art. cit.*, p. 74. No es imposible que Claudio Guillén también haya adoptado un enfoque similar en la reseña —que por desgracia no he podido consultar— que publicó en Madrid, en la revista *Índice* (núm.119, noviembre de 1958).

La vida de Juan Marichal ha sido objeto de un sucinto estudio biográfico publicado por Julia Cela.⁷ Siguiendo los datos establecidos por ella, vemos que la conmocionada historia nacional de los años treinta influyó desde muy temprano en la vida del joven español. Nacido en febrero de 1922 en Santa Cruz de Tenerife, Marichal tenía apenas catorce años cuando estalló la Guerra Civil. Por diversos motivos familiares (pero sobre todo por la muerte de su madre), vivía entonces en Madrid en casa de su tía Carmen Marichal y de su tío Domingo Pérez Trujillo, un político socialista cuya militancia había de influir de modo determinante en su propia visión ideológica. Acompañado entonces y después por su hermano Carlos, Marichal pasó de Madrid a Valencia y de Valencia a Barcelona, donde inició el bachillerato en el Instituto Nicolás Salmerón. (Dirigido por maestros formados en la Institución Libre de Enseñanza, este Instituto-Escuela sería otro factor decisivo en su educación liberal.) En el invierno de 1940, comenzada ya la segunda Guerra Mundial, todos (los dos tíos y sus dos sobrinos) se escaparon a Casablanca, donde permanecieron hasta conseguir pasaje al Nuevo Mundo. Así, en octubre de 1941 zarparon en el barco portugués “Quanza”, que los llevó a México, donde se unieron a los veinte mil (o más) españoles que ya se habían refugiado allí gracias al generoso asilo anunciado en 1939 por el gobierno de Lázaro Cárdenas. Es decir, al igual que futuros poetas e intelectuales como Ramón Xirau, Tomás Segovia, Manuel Durán, Roberto Ruiz, Jomi García Ascot, Carlos Blanco Aguinaga y Arturo Souto Alabarce (para citar a sólo unos cuantos), Juan Marichal formó parte de una generación de españoles que, si bien fueron demasiado jóvenes para participar en la Guerra Civil, sí vivieron el conflicto muy de cerca y que, de hecho, hicieron suya la causa de sus padres (y de sus tíos), acompañándoles, desde luego, a la hora de emprender el exilio. Cabe agregar que, si las circunstancias familiares llevaron a Marichal a tener una

⁷ Julia Cela, “Biografía de Juan Marichal”, en Marichal, *Testimonio de un isleño*, edición de Julia Cela (Las Palmas, Dirección General de Cooperación y Patrimonio Cultural del Gobierno de Canarias, 2011), pp. 15-119.

sensibilidad política bien desarrollada desde muy joven, estos años de vida errante (pasados entre Madrid, Valencia, París, Casablanca y México) también le ayudaron a relativizar el problema nacional, a intentar comprenderlo dentro del contexto internacional.

Una vez instalado en la Ciudad de México, Juan Marichal ingresó a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Entre sus maestros figuraban entonces catedráticos españoles como José Gaos, Luis Recasens Siches, Eduardo Nicol (que también había sido profesor suyo en el Instituto Salmerón en Valencia), Joaquín Xirau y Rafael Altamira, a la vez que docentes mexicanos del calibre de Edmundo O’Gorman, José Ortega y Medina y Justino Fernández. El ambiente difícilmente hubiera podido resultar más estimulante, tal y como él mismo había de recordar años más tarde. Si bien en las clases de Gaos recibía una inmejorable introducción al pensamiento moderno, en las clases de historia de O’Gorman aprendía a asomarse a la cultura hispanoamericana desde una perspectiva nueva, más incluyente, libre ya de todo prejuicio nacional o incluso eurocéntrico. Como el mismo Marichal habría de subrayar en un hermoso texto escrito hacia el final de su vida, fue a principios de los años 40, como estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM (y sobre todo como estudiante de Gaos y de O’Gorman), cuando realmente descubrió su verdadera vocación como intelectual.⁸

Pero sí la estancia en México resultó decisiva en la formación académica de Marichal, también fue determinante en su educación política. Desde luego, ningún niño que hubiera vivido los horrores de la guerra civil podía mantenerse indiferente ante las causas políticas por las cuales tantas

⁸Juan Marichal, “Recuerdo de Mascarones”, en Autores Varios, *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las primeras jornadas* (Residencia de Estudiantes-El Colegio de México, Madrid, 1998), pp. 21-27. Para más datos sobre los años mexicanos de Marichal, véase el documentado trabajo de Javier Garcíadiego, “Tres momentos mexicanos de Juan Marichal”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (Madrid), núm.83-84 (diciembre de 2011), pp.11-27.

personas habían muerto. Y Juan Marichal no era ninguna excepción a la regla. De modo que, en los jardines de la Facultad de Filosofía y Letras, pero también en los cafés de la ciudad, participó en las discusiones políticas que caracterizaban la vida de los exiliados. Animado en parte por su tío Domingo Pérez Trujillo, que había colaborado estrechamente con Juan Negrín durante la Guerra Civil, el joven español desarrolló tal admiración por el socialista (también de origen canario) que incluso colaboró en el lanzamiento de una revista, *Acción*, dedicada a promover la causa de Negrín entre los exiliados. Resulta sintomática de la futura conducta política e intelectual del joven exiliado la forma muy concreta que tomó su participación en este boletín. Porque sus tres colaboraciones en la revista consistieron, no en elogios más o menos convencionales del desempeño político de Negrín (tal y como, quizá, hubiera sido de esperarse), sino más bien en reflexiones de orden general: una sobre “Unidad y unificación” (para lograr una auténtica democracia española, opina Marichal, es mejor respetar las diferencias partidistas que no unificar a todos en un solo frente o conglomeración; otra sobre “La guerra nuestra como fin de la decadencia” (la Guerra Civil, argumenta Marichal, ha vuelto totalmente inoperantes las célebres ideas de la generación del 98 sobre la decadencia nacional); y otra más sobre “La disolución del pensamiento político español” (entre los exiliados hace falta una nueva mentalidad política, insiste Marichal, una mentalidad que, por un lado, cuente con un conocimiento íntimo de lo que ocurre en el mundo y que, por otro, esté provista de un cuerpo de doctrina clara y precisa propia, de “un conjunto de conceptos políticos que sea real aglutinante de fuerzas y de voluntades”).⁹

⁹ Juan Marichal, “Unidad y unificación”, *Acción. Publicación Española Republicana Independiente* (Ciudad de México), núm. 1 (agosto de 1945), p. 5; “La guerra nuestra como fin de la decadencia”, *ibid.*, núm. 2 (octubre de 1945), p. 2; y “La disolución del pensamiento político español”, *ibid.*, núm. 2 (octubre de 1945), p. 16. Los tres textos fueron reproducidos por Javier Garcíadiego (art.cit., pp. 21-27); en el tercero no se indica el nombre del autor, pero Garcíadiego seguramente tiene razón al atribuírselo a Marichal. En relación con los intereses intelectuales del propio Marichal, llaman la atención los fragmentos del *Idearium español* y de las *Cartas sobre el porvenir de España* de Ángel

En enero de 1946, y por mediación de Edmundo O’Gorman, Juan Marichal llegó a la Universidad de Princeton a estudiar el doctorado bajo la dirección de Américo Castro. Dos años más tarde se doctoró con una tesis sobre el padre Feijóo, una investigación con la que parece haber abierto el camino para los trabajos que luego había de publicar en *La voluntad de estilo*. El encuentro con el propio Castro fue sin duda otro paso decisivo en la vida del joven investigador. Porque como autor de libros como *España en su historia* (1948) y *Aspectos de vivir hispánico* (1949), Castro estaba revolucionando la historia nacional, partiendo para ello de conceptos como “morada vital” y “edad conflictiva” que Marichal buscará a su vez adaptar a sus propias necesidades. En el caso de Castro este inmenso esfuerzo historiográfico correspondía, como se sabe, a un intento por explicar cómo su país pudo haber llegado a la lamentable situación en que entonces se hallaba: sabiendo cuál era el verdadero problema, se esperaba poder proponer una posible solución. Y la misma inquietud parece haber impulsado a Marichal a la hora de escribir los sucesivos capítulos de *La voluntad del estilo*, que pueden leerse igualmente como una exploración de las formas de sociabilidad que habían caracterizado la vida del país a lo largo de los siglos, así como (por extensión) una reflexión sobre la manera en que estas formas desembocaron de repente en la tragedia nacional que había cambiado el curso de su vida (como la de tantos otros españoles) de manera tan dramática. Es decir, su libro fue obra de un investigador, pero también lo fue de un intelectual exiliado de su país a raíz de la guerra civil. Ya lo había de reconocer en el prefacio escrito para la segunda edición de su libro publicada en 1971, y de manera más explícita todavía en la nota que encabezaría la tercera edición, ahora publicada bajo el título de *Teoría e historia del ensayismo hispánico* (Madrid, Alianza Universidad, 1984):

En verdad, aquel libro de 1957 quería ser en primer lugar la manifestación de la propia ‘voluntad de estilo’ de un joven profesor

Ganivet que se reproducen en la revista bajo el título de “Enlazar las ideas diferentes por la concordia y las opuestas por la tolerancia”, *Acción* (México), núm.2 (octubre de 1945), p. 3.

universitario español cuyo aprendizaje literario se había realizado en el ámbito de la 'España Peregrina'.¹⁰

Si en los tres ensayos publicados en 1945 en la revista *Acción Marichal* quiso promover un pensamiento político que, lejos de reflejar realidades caducas, estuviese a la altura de las nuevas circunstancias que a todos les había tocado vivir, todo parece indicar que su trabajo sobre los ensayistas hispánicos correspondía a un anhelo muy similar. Ir hurgando en el pacto que cada uno de los sucesivos ensayistas españoles había forjado con su realidad era un trabajo de investigación histórica y literaria, pero era también, y sobre todo, un ejercicio que servía para afinar su propia sensibilidad (y la de sus lectores) ante los diversos pactos que tal vez le permitiesen a España salir del dramático atolladero en que en ese momento se encontraba atrapada. De ahí, sin duda, la especial satisfacción que sintiera al leer las reseñas que compatriotas suyos como Ricardo Gullón y Guillermo de Torre dedicaron a *La voluntad de estilo*. Su libro no sólo estaba llegando al verdadero público al que iba dirigido, sino que, además, ese público sabía apreciar la finalidad última a la que esta obra respondía.

3. *Hacia el secreto de España*

Después del éxito de *La voluntad de estilo*, Marichal fue centrando sus intereses como crítico cada vez más en la literatura moderna (es decir, en aquella escrita en los siglos XIX y XX). Muy importante en ese sentido fue la generosa atención que prestó a la obra de su suegro, el poeta, dramaturgo, novelista y ensayista Pedro Salinas. Muerto en 1951, cuando apenas había cumplido los sesenta años, Salinas dejó tras sí una vasta e imponente obra

¹⁰ Juan Marichal, "Prefacio", *Teoría e historia del ensayismo hispánico* (Madrid, Alianza Universitaria, 1984), p. 11. Hay que recordar que el primer libro de Marichal, *La españolización de España. La edad de oro liberal* (1952), fue publicado en México por los mismos intelectuales españoles que editaban allí *Las Españas*, una importante revista de la España Peregrina en la que el propio Marichal había colaborado un par de veces (en 1948-1949). Antes de salir de México también había colaborado en *Independencia*, una revista literaria editada por los españoles exiliados en París.

literaria, mucha de ella inédita, que Marichal en seguida se puso a ordenar y a publicar. Ya había comenzado esta labor antes de publicar su libro sobre el ensayismo hispánico. Pero a su edición de *Confianza. Poemas inéditos (1942-1944)* (1955), de las *Poesías completas* (1955), de *Volverse sombra y otros poemas* (1957) y del *Teatro completo* (1957) de Salinas, en años posteriores Marichal fue añadiendo su edición de los *Ensayos de literatura hispánica. Del "Cantar de Mío Cid" a García Lorca* (1958), de *El Contemplado. Tema con variaciones* (1959), de *La responsabilidad del escritor* (1961) y de *El defensor* (1967). Cualquiera que haya dedicado tiempo a preparar ediciones de este tipo sabe cuánto trabajo supone y cuanta paciencia requiere. Y, en efecto, Marichal merece toda nuestra gratitud por haber puesto así al alcance del lector la extensa y muy variada obra de uno de los grandes poetas del siglo XX español, permitiendo así que el poeta madrileño pudiera satisfacer lo que en uno de sus ensayos el mismo Marichal llamó "su íntima necesidad de compartir con el prójimo su entusiasmo vital y su capacidad de admirar". (VE, p. 297)

A lo largo de los años sesenta y setenta, Marichal fue subsanando alguna de las omisiones que él mismo había lamentado a la hora de publicar la primera edición de *La voluntad de estilo*. Una de las lagunas que dijo haber lamentado más era con respecto a los ensayistas latinoamericanos, que en cambio era tema de uno de los cursos más exitosos que daba como catedrático de la Universidad de Harvard. Volvería a lamentar esta omisión en 1971, en el prefacio escrito para la segunda edición de su libro, y lo haría en términos que dejarían en evidencia no sólo la gran admiración que sentía por la literatura hispanoamericana en general, sino también el íntimo conocimiento que había adquirido del papel muy particular que desempeñaba el ensayo dentro de ese vasto corpus literario:

Me aventuro a predecir que, no obstante la obvia calidad artística de novelistas como Cortázar o García Márquez, los grandes ensayistas americanos de lengua castellana serán a la larga las voces más perdurables de la América latina. Sin olvidar, por supuesto, que (como

lo ha señalado Carlos Fuentes) en el ensayismo de Alfonso Reyes y de Jorge Luis Borges —en la densidad intelectual de su prosa y en la amplitud de su curiosidad— *está* el punto de partida de las exigencias artísticas de los grandes novelistas actuales de América. Pero es manifiesto, sobre todo, que el ensayismo contemporáneo de lengua castellana —Unamuno, Ortega, Alfonso Reyes, Borges, Octavio Paz— no tiene paragón en otras literaturas euro-americanas.¹¹

La deuda de Marichal con respecto a esta literatura se vería saldada, por lo menos en parte, con la publicación en 1978 de *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana (1810-1970)*.

Mucho antes Marichal ya había prestado atención a otras lagunas achacables a *La voluntad del estilo*. En los años sesenta redactó dos trabajos importantes que le sirvieron para articular su visión del siglo XIX español y de la primera parte del siglo XX: “Persona y sociedad en la España moderna (1837-1936)” y “Dos lecturas de Ganivet: 1937, 1965”. Aunque en 1971 ambos serían incorporados a la segunda edición (ampliada) de *La voluntad de estilo*, antes formaron parte de una obra más breve, que lejos de consolidar lo conseguido en el libro de 1957, dio fe de la nueva dirección hacia la cual las inquietudes del investigador ya para entonces iban apuntando. Me refiero al libro sobre *El nuevo pensamiento político español*, que el exiliado Alejandro Finisterre publicó en México en 1966, inaugurando así una colección de “Perspectivas españolas”.¹² Este breve, pero importante volumen confirmó, en efecto, la convivencia en el historiador no sólo de un agudo observador de la vida política contemporánea de España, sino

¹¹ Juan Marichal, “Prefacio”, *La voluntad de estilo. Teoría e historia del ensayismo hispánico* 2ª ed., (Madrid, Revista de Occidente, 1971), p. 13.

¹² Alejandro Finisterre era el seudónimo del poeta gallego Alejandro Campos Ramírez (1919-2007). En México Finisterre editó libros de un gran número de exiliados, pero sobre todo de León Felipe. En la “Colección perspectivas españolas” se incluirían (entre otras obras) las *Cartas a las nuevas generaciones españolas*, de Pedro Abarca (seudónimo de José Ramón Arana, que junto con Manuel Andújar dirigía la revista *Las Españas*); *Cartas son cartas*, de Manuel Andújar; *España y la cultura germánica*. *España a la fecha*, de Francisco Ayala; y *De la España que aún no conocía*, de Américo Castro. Como indican algunos de estos títulos, la colección tenía el propósito de establecer un diálogo sobre el futuro político de España con las nuevas generaciones surgidas en España después de la guerra civil.

también de un lúcido interlocutor de las diversas agrupaciones políticas dedicadas a cambiar la suerte de su país.

El primer ensayo mencionado, “Persona y sociedad en la España moderna (1837-1936)”, traza la evolución de lo que Marichal identifica como la principal tensión ideológica de la vida intelectual española durante los cien años que van desde el suicidio de Mariano José de Larra hasta la muerte de Miguel de Unamuno: la que consiste justamente en el conflicto entre el español y la sociedad en que se mueve. Los términos de este conflicto los ve ejemplificados, por un lado, en el propio Larra, un escritor que se quita la vida en protesta por los defectos de su país, que ve como irremediables, y por otro, en su contemporáneo Julián Sanz del Río, el primer krausista español, que a diferencia de Larra habría asumido con ecuanimidad las malas costumbres españolas, confiando en la fuerza de la acción colectiva para combatir sus nocivas consecuencias. Un representante de la siguiente generación, Juan Valera, mostró su preferencia por otra solución, al refugiarse en el helenismo de la cultura clásica, dando la espalda así a los desperfectos de la cultura nacional lo mismo que al sufrimiento que ellos podrían causarle. En el cuarto intelectual comentado, Miguel de Unamuno, Marichal encuentra una respuesta mucho más positiva que la de cualquiera de los tres que lo precedieron: la de un hombre que, si bien reconoce formar parte de la sociedad española, propone luchar contra sus costumbres y de esta manera adaptar el medio al individuo que no el individuo a su medio. Se aprecia la gran admiración que Marichal siente por Unamuno, pero se ve también que la actitud del rector de Salamanca tampoco lo satisface enteramente. Y es que la solución más sana y más eficaz, a juicio de Marichal, era la que adoptó la generación siguiente, la de 1914, representada aquí por figuras como Américo Castro y José Ortega y Gasset:

Había, según ellos, que luchar *en* la sociedad, *contra* la sociedad: y no solo dentro de uno mismo. No debían aceptarse los términos de la

lucha tal como los había definido implícitamente Larra: había que “salvar la circunstancia” para así poder realizarse a sí mismo. Ni era inmutable el yo, ni era la sociedad un factor inalterable: había que cambiar al yo para cambiar la sociedad (como habían hecho los krausistas) y había que cambiar la sociedad para cambiar al yo (como no habían hecho los del 98).¹³

La consecuencia de esta toma de conciencia habría sido la decisión de esta generación de intervenir directamente en la vida política de la nación, una decisión que les resultó todavía más justificada después de la proclamación de la segunda República en abril de 1931: “La generación de 1914 siente que sólo en la política, en la acción, puede realmente desplegarse el yo del intelectual”. Curiosamente, antes de terminar su ensayo Marichal señala que, después de la terrible tragedia de la guerra civil, entre los miembros de esta generación no faltó quien se arrepintiera de esa decisión, al concluir que “la acción política destruía a la persona, aunque cambiara, si es que la cambiaba, a la sociedad”¹⁴. Pero, con todo, se ve cómo ahora todas las inquietudes de Marichal como investigador gravitan hacia una reflexión sobre el grave conflicto que vive su país a lo largo del siglo XX y sobre la mejor manera de resolverla.

Al leer *El nuevo pensamiento político español*, resulta evidente, por otra parte, que los propios ensayos de Marichal se insertan cada vez más en la misma dinámica que él mismo va estudiando: sus nuevos escritos son trabajos de historia intelectual, por supuesto, pero también son formas (las únicas que tiene a su alcance) de intervenir en la discusión sobre el futuro de su país. De ahí los títulos de otros ensayos que conforman este libro: “El nuevo pensamiento político español”, “De algunas consecuencias intelectuales de la guerra civil española”, “El legado moral de la guerra de España” y “Nueva apelación a la República”: Publicadas por primera vez

¹³ Juan Marichal, “Persona y sociedad en la España moderna (1837-1936)”, *El nuevo pensamiento político español* (Ciudad de México, Finisterre, 1966), p. 116.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 117. Marichal no identifica a este individuo, pero no es imposible que se refiera a Manuel Azaña.

(varias de ellas) en *Mañana*, una revista editada en París por el disidente del régimen franquista Dionisio Ridruejo, todas estas páginas se conciben como una contribución a la tarea colectiva de crear un pensamiento político capaz de asegurar un futuro más prometedor para el país. De lo que representó este libro entonces para los antifranquistas en España dio testimonio Elías Díaz, uno de los muchos intelectuales que se oponían al régimen desde la universidad española: “Era, me parece, el primer libro que desde el exilio hacía mención de las protestas en una universidad en ebullición y que, a su vez, se proponía reconocer y contar para la causa democrática con la calidad de unos u otros intelectuales del interior. Este era el propósito, el designio, de Juan Marichal”.¹⁵

Después de *El nuevo pensamiento político español*, Marichal no abandonó por completo los estudios literarios, como lo demuestran, por ejemplo, el hermoso homenaje a Jorge Guillén, *Luminous reality. The poetry of Jorge Guillén* que ayudó a Ivar Ivask a editar en 1969, o también el diálogo que sostuvo con Octavio Paz y que se publicó en 1971 bajo el título de *Las cosas en su sitio. La literatura española del siglo XX*. Pero, al contemplar la evolución de la carrera de Marichal, sí resulta evidente que los estudios literarios, poco a poco, fueron dejando el lugar a los ensayos de historia intelectual y estos, a su vez, a trabajos de historia política. Entre estos últimos destaca por su importancia su edición en cuatro volúmenes de las *Obras completas* (1966-1968) de Manuel Azaña: una edición que, si bien recogía la creación literaria del autor, también reunía los discursos, estudios y testimonios políticos de quien fue uno de los grandes protagonistas de la vida política española del siglo XX. En consonancia con este vasto proyecto, Marichal también dio a la prensa su libro sobre *La vocación de Manuel Azaña* (1968), en que aprovechó las extensas introducciones escritas para los tres primeros tomos de las *Obras completas*. Mientras tanto, en sus ensayos de

¹⁵ Elías Díaz, “El designio político-intelectual de Juan Marichal”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (Madrid), nueva época, núms. 83-84 (diciembre de 2011), p. 56.

historia intelectual el estudioso fue fijando su atención cada vez más en figuras que dominaban el panorama político y cultural del primer tercio del siglo XX español. De ello dan fe tres libros de Marichal que marcan la culminación de su carrera: *El intelectual y la política en España (1898-1936)*, que reúne ensayos sobre Unamuno, Ortega, Azaña y Negrín (1990), *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política* (1995) y *El designio de Unamuno* (2002). El segundo título mencionado, *El secreto de España*, traza la historia del pensamiento liberal español desde las Cortes de Cádiz hasta los movimientos antifranquistas de la posguerra y, en cuanto tal, puede considerarse como la gran obra suya hacia la cual gravitaba la gran mayoría de sus esfuerzos como historiador de los años sesenta, setenta, ochenta y noventa, si bien ahora ese pensamiento es enfocado, ya no desde el punto de visto de un exiliado político (como en *El nuevo pensamiento político español*), sino desde la perspectiva más feliz de alguien que participa por fin en la vida democrática de su país.

Para resumir: al pasar de *La voluntad de estilo* a *El secreto de España* el lector tal vez se lleve la impresión de haber recorrido una distancia muy grande. Sin embargo, a lo largo de la obra Marichal (en sus ensayos literarios lo mismo que en sus trabajos de historia intelectual) permanece una misma preocupación por fijar los términos de una convivencia pacífica y armoniosa, capaz de asegurar que la vida humana resulte cada vez más plena y más humana. En el último capítulo de *El nuevo pensamiento político español*, “Dos lecturas de Ganivet: 1937, 1965”, Marichal escribió lo siguiente sobre el pensador granadino: “Ganivet creía —y no andaba del todo descaminado— que la cohesión interna de una sociedad había de fundarse en el potencial expresivo de los individuos: y que estos a su vez sólo podían llegar a alcanzar su propia y esencial singularidad si lograban comunicar plenamente con sus prójimos”.¹⁶ Son palabras que creo perfectamente

¹⁶ Juan Marichal, “Dos lecturas de Ganivet: 1937, 1965”, *El nuevo pensamiento político español*, p. 148.

aplicables al propio Marichal, que si bien alejado geográficamente de las discusiones políticas que se llevaban a cabo entre quienes se oponían al régimen de Franco, sí podría contribuir al esfuerzo colectivo buscando ese potencial expresivo en sus propios trabajos como observador del presente lo mismo que como historiador del pasado. Y es que, como dijo Benedetto Croce, en un aforismo que al propio Marichal le gustaba citar: “Toda historia es siempre historia contemporánea”.